

BRAILLHUMOR. El humor y el sistema braille

Publicado por FBU/ULAC

con el Patrocinio de la Fundación ONCE para América Latina

190 aniversario del nacimiento de Luís Braille

BRAILLHUMOR

BRAILLHUMOR

190 aniversario del nacimiento

de Luis Braille

El humor y el sistema braille

Publicado por FBU/ULAC

con el Patrocinio de la

Fundación ONCE para América Latina

Compilador y editor responsable: Enrique Elissalde Asesora: Judith Varsavsky

Publicado por la FBU, Montevideo, Uruguay

Imprenta Braille Coordinadora: Norma Toucedo

Libro Hablado Coordinador: Juan Saraví

Fundación Braille del Uruguay Durazno 1772

Blanes 1132 Montevideo - Uruguay

Teléfonos 408 0618 - 409 5943 - 400 1205 - 400 0485 - 408 1711

Fax: (598-2) 400 0789

E-Mail: fbu@fbraille.com.uy

Página Web: <http://www.fbraille.com.uy>

BRAILLHUMOR

No podía estar ausente el humor de la conmemoración del 190 aniversario del nacimiento de Luis Braille. Convive a diario con personas ciegas y personas que ven, vinculadas con nuestra temática. Aunque para algunos los ciegos somos, básicamente, resentidos y desconfiados, la experiencia cotidiana nos demuestra que, más bien, somos gente de humor. Lo somos porque es un recurso (¿técnico?, ¿terapéutico?, ¿ecológico?, ¿de alternativa?), para aceptar la ceguera y vivir con ella lo mejor que seamos capaces. El hecho de no ver puede, en algunas personas, cambiar la dirección de situaciones, pensamientos o emociones. Es, entonces, cuando el humor puede explicar, dar conocimientos, sabiduría, ayudar, en una palabra, a dar vuelta circunstancias, a madurar...

¿Y el sistema braille? Por cierto que en y con el braille, se acumulan anécdotas, equívocos, vivencias humorísticas. El falso respeto, lo sacro y lo intocado del braille, lo transformamos en propio, en íntimo, en muy «nuestro». Y eso pasa, principalmente, por el humor. De ahí que, entre la serie de recopilaciones de testimonios que hemos publicado en este aniversario de Braille, no podía faltar el humor.

«Brailhumor» es eso: una breve recopilación donde marchan juntos el braille y el humor.

Para armar esta propuesta hemos apelado a distintas publicaciones españolas y latinoamericanas. Así en la recopilación figuran:

- * cuatro anécdotas de «Humor a ciegas», que, coordinado por Carmen Roig y Ana Prado, publicó el Centro de Producción Bibliográfica de la ONCE (Barcelona, 1993);

- * un pasaje del anecdotario de «Puntazos», (Madrid-Barcelona, 1926-1936);

- * un par de fragmentos del libro de Roberto Sancho Álvarez, «Policromía de la ceguera infantil» (Costa Rica, 1998);

- * un pasaje de «Vendo a vida com bons olhos - A historia de um cearúcho» («Viendo la vida con buenos ojos - La historia de un cearúcho») de Francimar Torres Maia (Porto Alegre, 1999);

- * cuatro vivencias seleccionadas de «El braille y los jóvenes» (Montevideo, 1986);

- * dos pasajes de «Cosas de Ciegos, para leer en un Rato», de Carlos Moroni (Buenos Aires, 1996).

Brailhumor se abre, se cierra y se completa con aportes nuestros. Tanto el falso epígrafe con que se inicia la recopilación, como la punzante pregunta con que Mafalda pone punto (¿braille?) final, nos pertenecen. El Libro Hablado de la FBU, por su parte, colaboró con varias anécdotas y todo se completó con «Las reflexiones de Brailín» y «Don Tifióte» que aparecieron a lo largo de muchos años en Horizontes y su complemento humorístico OTNI (Objeto Tiflológico No Identificado). Desde 1974, número tras número de nuestra revista, dimos vida a Brailín (¿o él nos la dio a nosotros?), quien reflexionaba y reflexionaba (no sabía hacer otra cosa; lo educaron para eso). De sus reflexiones hicimos una muy severa (dolorosa) selección porque fueron muchísimas y no nos resultó fácil elegir (uno no deja de ser un sentimental y hasta las quiere). También es nuestro el capítulo de Don Tifióte, que un tal Miguel de Cervantes nos prestó (por un rato chiquitito, nada más) para que nos divirtiéramos como él se divirtió cuando escribía. Nos pareció que el capítulo más adecuado para esta recopilación era el que, justamente, Don Tifióte aconseja a Sancho antes de que asuma el cargo (¡nada menos!) que de Director de una Imprenta Braille.

En todos los casos, en los recogidos de otros autores, como en los nuestros, el braille es el motivo que desencadena o es desencadenado por el brailhumor. Sabemos que hay muchos, muchísimos (tal vez mejores) casos que los aquí recogidos. Quedarán para otra ocasión o para otros antologistas más afortunados que nosotros. Mientras tanto, que el humor ocupe su sitio de honor en este homenaje a Braille.

RD. ¿No habré querido escribir «Mientras tanto que el honor ocupe su sitio de humor en este homenaje?»

«No hay peor reverencia que tratar con reverencia al sistema braille: volverlo un discapacitado del humor.»

JEROGLIFICOS EN RELIEVE

L. frisa en los 50. Le agrada gastar el tiempo libre recorriendo bares y tomando copas, pues L. es ciego, pero los amigos no reparan en eso.

El vive las mismas aventuras que ellos y, con frecuencia les gana, también. Como es natural, regresa de las giras nocturnas por bares, bastante bebido, y con un espíritu que se refleja perfectamente en estas palabras suyas: «Feliz y amo de mis circunstancias».

Al regreso de una de esas noches de juerga, halla encima de la mesa un rallador allí olvidado. En su imaginación encendida, L. identifica el rallador con un mensaje en braille...

Tras diferentes tentativas de lectura, dijo en voz alta, mientras apartaba de sí el rallador: «¡Mira tú!, está escrito en un idioma raro, quizá en la jerga estrambótica de los borrachos».

Agostino Macini - Rímini (Italia) (de «Humor a ciegas»)

CUESTION DE VACAS Y TACTO

Un grupo de alumnos de la facultad de veterinaria están practicando el tacto rectal en una granja de los alrededores, orientados por un profesor ciego.

«Esta vaca tiene una preñez de 40 días. Esta otra tiene una preñez de 45 días».

Con tal facilidad detecta el maestro este punto, mientras los aprendices por más que palpan no logran discernir qué es lo que se encuentran, que lanzan la pregunta con desconcierto: «Doctor, ¿cómo hace para detectar preñeces tan precoces?

¿Cuál es el método?».

El ciego responde rápidamente: «Muy simple, practiquen braille y tendrán tacto suficiente para detectar estas preñeces».

Emiliano Timoteo Álvarez - La Pampa (Argentina) (de «Humor a ciegas»)

¿Y QUE ES ESO DE SER CIEGO?

-Mira cieguito, siéntate aquí.

Otra vez aquello de «cieguito», se dijo Juan para sus adentros aceptando de buena gana el asiento que le ofrecían en el autobús. Aunque ya se había habituado al diminutivo que, faltando a las reglas gramaticales se aplicaba a cualquier ciego, aunque éste midiera seis pies y pesara doscientas libras.

Unas dos paradas después su benefactor ocupó el asiento que estaba a su lado, y como parece que tenía ganas de charla, le preguntó la hora al ciego.

-¿Y cómo saben ustedes la hora?

Juan le contestó mostrándole el reloj con la tapa levantada y le explicó el sistema de puntos en relieve en la esfera del mismo.

Era mejor explicarle a aquel individuo cómo el ciego también puede hacer cosas y que no son tantas las limitaciones que se le cargan a su cuenta.

-Usted disculpe -volvió a la carga el inquieto compañero de autobús- ¿podría decirme si es verdad que... bueno... ustedes pueden leer?

Era interesante cómo empleaba la palabra «ustedes» para no decir «ciegos», pero en fin... ahora su explicación se refirió al sistema de lectura y escritura especial para ciegos, el braille. Era preferible perder algo de tiempo y evitar esas ideas descabelladas que se tienen acerca de los ciegos.

-Oiga, y a mí me han dicho que ustedes conocen los colores por el tacto.

Aquello ya era demasiado, el amigo parece que se había envalentonado y lanzaba unas preguntas a cada cual más disparatada. Pacientemente, le explicó que entre las posibilidades del tacto no se llegaba a esas facultades.

Entre tanto interrogatorio, Juan se dio cuenta de que habían llegado a su parada, se puso de pie y se dirigió a la puerta, pero sintió que el avisado viajero le pisaba los talones, creía que no se iba a librar de él.

-¡Eh!, amigo, no me ha dicho cómo ustedes conocen las paradas de los autobuses.

No podía ser cierto, este individuo le perseguía hasta la muerte. Pensó en dar una respuesta pero se pasaría de parada, así que se limitó a gritar:

-¡Por el olor, amigo!, ¡por el olor!

José M. Ramos - Cuba (de «Humor a ciegas»)

EN UNA ESCUELA DE CIEGOS DE FINES DEL SIGLO PASADO

La fresca tarde convidaba a permanecer más tiempo que de costumbre sentados «entre naranjos» y el señor Batiste con su amena charla, nos distrajo relatándonos la siguiente anécdota de su niñez.

Tendría yo a lo sumo trece años de edad -comenzó diciendo el guitarrista- cuando estudiaba el tercer curso de solfeo en un colegio de provincias; y recuerdo que un día de mayo época en que más se trabajaba por faltar sólo un mes para los exámenes, acertó a entrar en la clase Literaria una visita compuesta por un hombre y dos mujeres. El era alto y fornido, a juzgar por la altura en que sonaba su voz campanuda y recia, frívolo, de reír escandaloso, y debía de ser sesentón por lo menos. Ellas, por el contrario, sus risas parecían musitaciones, su voz compugnada y su acento monjil, todo ello las daba cierto tono de misticidad exagerada; preguntaban más de lo necesario, eran hijas de su acompañante, y frisaban, sin duda alguna, de los treinta o treinta y cuatro octubres.

Nuestro profesor, que era un viejecillo vidente, todo bondad, todo ternura, pero que todavía no había podido entender esa enmarañada red de sentimientos que campean el cerebro y en el corazón del ciego, acudió a recibirles afablemente y mostrarles solícito todo cuanto de bueno teníamos en clase.

-Derechos, muchachos -dijo el maestro.

Y al momento, nos pusimos de pie, contestando a las buenas tardes que nos prodigaron nuestros visitantes.

Enseguida se dio rienda suelta al sentimentalismo. «¡Pobreci tos! ¡Cuánta lástima dan! ¡Esto sí que es pena!»

-Mis hijas, señor profesor -dijo el sesentón casi gritando-, son muy compasivas y piadosas. A mí me gusta verlas siempre conmovidas ante la desgracia. Hemos visitado la Inclusa, el Hospital, la Beneficencia, y la Cruz Roja; sólo nos faltaba escudriñar las casas de socorro y esta escuela de ciegos.

-Pero esto da más pesadumbre que la Inclusa; ¿verdad padre?

-Ya lo creo, hija.

-¡Cuánta paciencia han de tener los profesores para educar a estos infelices!

-Señor!... Menos mal que Dios sabrá recompensarle con su santa misericordia.

Esto se lo dijo la otra solterona casi llorando a nuestro Don Tadeo, el cual, conmovido también por la alta misión que se le encomendaba de ser intermediario entre el Cielo y nosotros, contestó pausadamente:

-Sí, señorita, sí; con la ayuda de Dios y nuestra buena voluntad... hacemos lo que podemos.

Siempre que recuerdo éstas y otras escenas análogas de colegios, acude a mi memoria el letrado que puso mi amigo el Doctor Mérida Nicolich, en la puerta de su colegio de Málaga:

«Visitante, aquí respeta la desgracia, pero no la nombres, porque haces daño.»

¡Y tanto daño como se hace!, pero este eximio doctor era ciego, y demostrado está ya hasta la

saciedad, que el verdadero y eficaz profesor del fallo de vista, es, indudablemente, el no-vidente.

Perdonad ésta mi digresión, y sigamos con nuestra visita.

Don Tadeo ordenó a Pérez que leyese en alta voz el libro que tenía en la mano. Pérez, que era un aragonés más alto que un pino y con una voz de toro, leyó: «¿Cuántos hijos tuvo Jacob? Doce, que fueron Rubén, Simeón, Leví, Judá, Zabulón...»

-Bueno, bueno -atajó el profesor a Pérez para que no retumbase más la sala.

Después, dirigiéndose a García que estaba a mi lado, díjole:

-Tóma un libro y ábrelo al azar.

El chico abrió el libro y leyó:

«La abeja y la lechuza»

“Zumbando como suele la madre de la cera al olor de las flores se coló en una iglesia.»

Nos endilgó unas cuantas cuartetas más del mismo Jaez, y Don Tadeo le mandó callar, sin duda para regocijarse un poco oyendo los aspavientos y las alabanzas en su honor que pugnaban por escaparse de la boca de nuestros visitantes.

-Jesús!

-Padre Eterno!

-¿Ves papá? Igual que en las otras escuelas.

-Igual, hija igual.

-¿Y cómo palpando, palpando pueden entenderse?

Por toda respuesta Don Tadeo sonreía diciendo:

-Ya ustedes pueden ver! ¡Con ciencia, señorita!

Tanto el padre como las hijas colmaron de elogios a Don Tadeo, encareciendo su talento y su fuerza de voluntad para conseguir tales milagros.

El profesor pagaba con sonrisas y titubeos cada vez que se le encomiaba su labor.

Todos creíamos que terminaba aquí la comedia, pero nos equivocamos, porque las «niñas», ávidas de detalles, la emprendieron a preguntas con nosotros en cuanto observaron que su progenitor y Don Tadeo se enzarzaron hablando de la situación económica de la escuela, de la pesca de la sardina y otros asuntos de vital interés para los ciegos.

-¿De qué edad se quedó usted ciego? -le preguntaron a Pérez por ser mejor mozo.

-Del sarampión -contestó éste retumbando el salón.

-Ah!... Conque del sarampión pero decíamos de qué edad.

-Bien, bien; pues de tres años, según dice mi madre.

-Pero ¿tiene usted madre?

-Otra que sí... y padre también y hermanos, y hermanas, y...

-Sí, sí, está bien, está bien -apresurándose las interrogadoras a cortarle la peroración al aragonés porque subía demasiado de tono y parecía que se enfadaba.

La verdad es que había motivos para ello.

Dejaron a Pérez para tomar a García; luego a Rodríguez, a Villalba, a Miralles, a Soto, a Núñez y a otros más; pero ya no les hicieron sólo las mismas preguntas que al aragonés, sino que se extendieron en otras, tales como «si sabían cuándo era de día y de noche», «si tenían idea del mundo, de las personas

y de los animales», «si se visten solos», «si comían como los demás»...

Este interrogatorio iba acompañado, como es natural, de las manifestaciones sentimentales tan corrientes, como son: «¡Qué lástima! ¡Qué pena! ¡Qué compasión dan!» etc.

Y puede que se hubiesen atrevido en su gestión investigadora hasta sondear nuestras más recónditas intimidades, si no se dejara oír la voz de Don Tadeo que gritó desde su plataforma:

-Bautista Casado, ponte al mapa.

Al momento salí de mi mesa de estudios; cual cumple a un zagal de trece años, corrí al mapa resueltamente.

Aquí fue donde llegó a su apoteosis, la admiración del papá y de las dos «nenas», las cuales, cesando en su tarea indagatoria, corrieron también junto a un mapa de España que estaba colgado de una pared fronteriza a los pupitres de escritura, y diciendo:

-¿Pero solo?... ¿Y cómo es posible que vaya él solo? ¡Si anda como si viera!... Dios mío... y qué cosas se ven aquí... y es posible que sin ver nada encuentre cada uno de esos pueblos...

-Ya lo creo; ahora lo verán ustedes -dijo Don Tadeo siempre sonriente, siempre bondadoso.

-Cuando Dios da un mal -dijo el sesentón campanuda y sentenciosamente-, ved cuán pronto acude a remediarlo. ¡Es muy grande la Misericordia Divina y la paciencia de estos señores maestros!

Y satisfecho de cuanto dijo calló.

Don Tadeo me ordenó que explicase Santander y lo señalase.

-Santander -dije- limita al norte con el mar Cantábrico, al oeste con Oviedo, al sur con Palencia y Burgos, y al este con Bilbao.

Enseguida señalé la capital montañesa, y otra vez se reprodujeron los aspavientos de extrañeza en mis espectadores.

Mi profesor entonces me ordenó de nuevo que señalase el río Ebro y el cabo de Gata, y, después de verificado se dirigió galantemente a los visitantes invitándoles a que me ordenase señalar la población que les pluguiese u otra cosa cualquiera de las que el mapa; contenía.

Acto continuo, una de las señoritas dijo con tono infantil:

-Sí, sí; ¿A ver si encuentras Valdezorongo?

-¡Toma! -dije yo- De estar ese pueblo, también estaría Benichunga.

-En este mapa -intervino benévolamente Don Tadeo- no hay más que las capitales de provincia, señorita.

-Eso es -se apresuró a declarar el progenitor de las vestales-; aquí no están más que Madrid, Valencia, Astorga, Barcelona, Navacarnero, Málaga, etc., etc.

-A propósito -dijo la misma de Valdezorongo-. ¿Ha dicho el muchacho que es de Benichunga?

-Sí, señora, sí -respondimos a un tiempo Don Tadeo y yo.

Hecha esta pregunta volviéndose a su hermana que parecía un tanto distraída, j le dijo muy bajito, tan bajito que yo solo pude oír; -No mires tanto, mujer; -hasta los ciegos te gustan!... Escucha y atiende a este chico que es de Benichunga.

Y como si nada de particular hubiese ocurrido entre las dos, dijo levantando la voz:

-Mira, Robustiana, este moceto es de Benichunga, del pueblo de la Engracia.

-¡Ah!... ¿Sí? -contestó la otra-. ¿Y de qué le provino a usted esa tan grande desgracia de los ojos?

-De un disgusto -las espeté secamente porque ya me cargaba aquella tabarra insoportable.

-¿De un disgusto? -exclamaron todos más que extrañados. -¡Ave María Purísima!

-¿Es posible?...

Y poniéndome el papá su pesada mano sobre el hombro, cual si fuese una persona a quien le interesara profundamente este asunto, preguntóme muy en serio:

-Entonces, di muchacho, ¿a qué edad perdiste la vista?

-A los dos meses.

Todos soltaron una carcajada al oír mi contestación. Hasta Don Tadeo llegara a reírse si su cargo de profesor no le impusiera cierta circunspección. Y medio en broma llamó mi atención diciendo:

-Bautista... Bautista.

Entonces caí en la cuenta de que me había equivocado, pues en vez de decir de un sobresalto a los dos años, dije: de un disgusto a los dos meses; pero a fin de no tener que rectificar mi afirmación, me mantuve en mis «trece» e insistí repitiendo con aplomo:

-Sí, señores, sí; a los dos meses de edad me quedé ciego a causa de un disgusto; es decir, de un disgusto que le dieron a mi señora madre; como era ella la que me amamantaba...

-¡Ah!... - exclamó una de las hermanas.

-¡Toma! -repuso la otra-. Eso ya es otra cosa.

-En fin -dijo el sesentón queriendo lucir sus dotes oratorias de alcalde de pueblo: la enfermedad por la cual perdió el muchacho el sentido máspreciado del hombre, podríamos denominarla... denominarla...- y por más que movía la cabeza no encontraba la palabra que respondiese a la sonoridad de su campanuda voz y dé su importancia.

Por fin, tras un forcejeo angustioso salió disparado, diciendo:

-Podríamos denominarla «mala lactancia».

-Eso es, muy bien -contestaron todos celebrando su facundia.

-Eso, sí -dije yo también por no ser menos-; mala leche... mala leche...

(del anecdotario de «Puntazos» (1926-1936) firmado con el seudónimo «Navajillo» y publicado por las revistas «Ayúdate» de Madrid y «El Tiflófilo» de Barcelona)

DESDE LA ESCUELA VOZ ALTA

En el aula había dos mesas largas, en una se sentaba don Tomás y en la otra nosotros con los libros abiertos para leer en voz alta cuando nos tocaba el turno.

Poco a poco profesionales y estudiantes fueron poniendo atención a la escuelita y don Fernando gustoso les mostraba nuestro progreso.

Cuando llegaban, don Tomás ponía a Roberto a darles una demostración de lectura, y una vez llegó un visitante de voz fuerte y varonil que don Tomás introdujo diciendo: «A ver Roberto, lea en voz alta para que el caballero lo escuche». Don Fernando, cortésmente, le indicó que la visitante era doña Amparito Zeledón, hija de don «Billo».

NO DESPERTAR

Recuerdo que teníamos un profesor que se llamaba Don Antonio Cabezas que nos ponía a leer unos libros con un Braille viejo enorme, era como tocar granos de arroz. Todos cogíamos el primer libro que encontráramos y por supuesto que don Antonio ni sabía cuál lectura teníamos, entonces nos decía que practicáramos mientras él se dormía en una silla arrullado por nosotros mismos, que leíamos bajito hasta que lo oíamos roncar. Después de vacilar un rato lo despertábamos para decirle que ya teníamos la lectura lista, empezábamos en voz alta y después la bajábamos hasta que se volvía a dormir.

Roberto Sancho Álvarez (Costa Rica) de «Policromía de la ceguera infantil" (Colección personal)

COMO UN LOCO

Cuando cursaba Derecho en la PUC, hada todas mis pruebas en braille y luego lo leía a mis profesores. Era simple: ellos dictaban para todos los alumnos y yo copiaba en braille. Después daba mi respuesta. La primera prueba de Derecho Romano, con el Profesor y escritor Luiz Antonio Assis Brasil, escribí las respuestas con toda la rapidez que me daban mis treinta y tantos años de usar el braille. El Profesor me golpeó en el hombro y me dijo: -El señor está escribiendo como un loco.

Contesté: -No; Profesor, escribo como un ciego.

Franámar Torres Maia (Brasil) (de «Vendo a vida com bons olhos - A historia de um cearúcho»)

CON LA LUZ APAGADA

En mi familia casi ninguno se interesó en aprender el sistema braille -tampoco yo les impuse que lo hicieran-, salvo mi abuelo que intentó aprender pero no lo logró por su avanzada edad.

Cuando estoy leyendo o escribiendo los siento muy intrigados. Me preguntan qué leo, qué escribo, preguntas que se acentúan aún más si lo hago con la luz apagada.

Jorge A. Allevi (Argentina) (de «El braille y los jóvenes»)

POESIA Y QUIMICA

Cuando cursaba el tercero de bachillerato estaba yo con un grupo estudiando química, materia con una cantidad de fórmulas tal, que yo no podía aprenderlas todas. Resolví copiar las importantes...

Cuando voy saliendo del colegio para ir a almorzar venía el profesor quien me instó a aprender las fórmulas. Como las tenía en la mano se las entregué a aquel señor que no era precisamente una pera en dulce.

Llegado el día del examen pedí la hoja en cuestión al profesor. Me la dio pidiéndome que leyera el contenido.

Comencé a hacerlo pero diciendo una poesía. Cuando me hacía las preguntas yo consultaba la hoja.

Extrañado de mi actitud me insistía en por qué leía tanto la hoja. Le contesté que estaba leyendo la poesía para tratar de recordar las fórmulas...

De los veinte alumnos pasamos sólo tres, yo entre ellos, porque copié en la cara del profesor.

Por esas cuestiones considero al braille como mi aliado eficaz.

Olinto Maldonado (Venezuela) (de «El braille y los jóvenes»)

NO ES MENTIRA

La primera vez que leí braille ante mis amigos, ellos me dijeron:

-¡Es mentira que lees! Lo que dices lo inventas en el momento. ¿Cómo puede ser que pasando los dedos encima de esos puntos, leas?...

Hasta que tuvieron que convencerse.

Nora María Dalzotto (Argentina) (de «El braille y los jóvenes»)

REDONDO y CON PUNTA

Había un dibujo en una enciclopedia infantil ¡ilustrada. Al pie del mismo leí; «Alfabeto braille». Se veía una mano con algo entre los dedos: un objeto redondo acabado en punta.

Convencida de mi descubrimiento le comenté a mi madre que los ciegos escribían con una pera.

Marta Estrada Galán (España) (de «El braille y los jóvenes»)

SOBRE MONUMENTOS Y MÁQUINAS.

SECRETOS

En el hall central del Rosell están los blancos bustos de Román Rosell y Luis Braille. Mi rito, mi hábito es mañanero y dura escasos minutos si las circunstancias lo permiten.

Al llegar al Instituto los días miércoles y viernes me acerco a ellos, si no veo a nadie cerca (para que no me confundan con un colifa) los saludo:

- Buen día, Don Rosell

- Bonne jour, Louis

Con Braille tengo más confianza y converso en voz baja. Estoy seguro de que me escucha atentamente aunque no me responda. A veces, en esos sueños que se dan despiertos, sin querer ser-irreverente, -cosa que no me preocupa si lo fuera- creo haber nacido en el tiempo en que vivió Luisito y que soy su amigo. Me veo caminando junto a él por las calles del antiguo París. Lo acompaño cuando debe ejecutar el piano u órgano en sus salidas dominicales, o dándole detalles de las francesitas que con sus largos vestidos pasan a nuestro lado. Compartimos un café, un cognac en algún sórdido boliche, mientras que desde afuera se oyen los cascos de los caballos, que tirando de carruajes, suenan sobre el desparejo empedrado de las oscuras calles. Me enseña y explica el tema de los seis puntitos. Me habla de su vida en el asilo...

Me cuenta que extraña a su familia y el cariño de sus hermanos, las calles de su pueblo...

Oigo pasos. Saludo a Luis con un -«Chau, hermano», le toco el frío y estático hombro. «El viernes

nos vemos.» Continúo la marcha sabiendo que Braille siempre me está esperando y yo, volviendo.

MAQUINA SE VENDE

Un día la asistente social del equipo leyó en un diario (o periódico, no recuerdo bien) de San Isidro, donde un señor ofrecía en venta una máquina de escribir para ciegos, y daba las referencias de su domicilio particular (cercano al centro).

Inmediatamente le avisamos al muchacho ciego. Este, contento, con mucho entusiasmo y poco dinero me pidió que lo acompañara a ver lo que se ofrecía. Conociendo de antemano su estado de déficit económico, le dije:

-Dejame hablar a mí con el fin de concretar la operación y vos quédate callado (situación que no nos costó trabajo, a él por ser provinciano de pocas palabras y yo un porteño hablador).

Llegamos a la casa del vendedor como correspondía a la circunstancia. El riojano blandiendo y mostrando el bastón, haciéndose más ciego de lo que en realidad era y yo diciéndole al señor que nos atendió:

-Buenos días, venimos del «asilo de ciegos» a ver la máquina que tiene en venta. (Al Román Rosell se lo conoce por los alrededores más como asilo que por instituto).

Se trataba de una Perkins vieja, pero en perfecto estado de uso. El precio era accesible a cualquier bolsillo normal, pero imposible para el de mi amigo ciego.

Le dije al vendedor qué posibilidades había de que realizara un gesto solidario ayudando al asilo de ciegos reduciendo el precio. El ciego, mientras tanto tocaba y manipulaba la máquina calladamente. Hablé de «los pobres cieguitos que asistían al asilo». Nada. El vendedor era una piedra. De la charla, surgió que éramos los únicos interesados, y que la máquina en cuestión sé la habían regalado, que hacía mucho tiempo que la tenía en su poder y que desconocía totalmente cómo funcionaba.

Teniendo en cuenta el tiempo transcurrido, digamos de ablandamiento, sin lograr impresionar ni sacudir los sentimientos del vendedor, jugué, lo que entendía la última carta.

Le dije al muchacho riojano:

- Bueno, vámonos. El señor quiere vender una máquina a un precio demasiado alto, cuando en realidad vale poco. Está incompleta, «le faltan la cinta y los carretes».

El ciego se quedó duro, como petrificado al oír lo que estaba diciendo. El vendedor asombrado respondió: -«¿cómo que está incompleta?»

Le volví a repetir lo dicho y agregué más cosas, -«Le falta el mecanismo que hace girar los carretes y los tipos perforantes», prácticamente quien compre esta «cosa» deberá efectuar un gasto muy grande para dejarla en condiciones. No vale la pena.»

En este caso, la ceguera del joven no lo conmovió. No le impresionó el asunto «del asilo de cieguitos». Lo estremeció la mentira que le había dicho. Su ignorancia en este tipo de máquina le hizo creer que tenía un material deteriorado y de poco valor.

Volvimos al centro de rehabilitación con la máquina comprada a un bajísimo precio.

¿Cómo debe llamarse a este tipo de mentiras? ¿Institucionales? ¿tiflológicas? ¿profesionales? ¿perdonables? ¿disculpables? Que Dios me perdone, trataré de no mentir más. Lo hice por mi amigo ciego. Pero tengo una duda. De repetirse la circunstancia ¿qué actitud adoptaría?... Volvería a mentir.

Carlos R Moroni (Argentina) (de «Cosas de ciegos, para leer en un rato»)

TRES DEL LIBRO HABLADO TRES.

PROFESORA AL TANTO

La profesora ya estaba al tanto de la presencia de una alumna ciega en la dase. Preparó material bibliográfico para todos e hizo fotocopias. Al repartirlas le entregó una a la alumna ciega con este comentario:

«Tú la lees con los dedos, ¿verdad?»

LLAMADA TELEFONICA

«¡Hola! Llamo porque mi señora tiene problemas visuales y quiero llevarla para que sea atendida allí. Pásame la dirección... ¿Cómo es el nombre de la institución?... ¿Braille va con hache?»

DE VISITA.

Una señora, de visita en casa de una persona ciega, hace comentarios sobre el braille:

«¡Qué buen sistema, el braille! Hay que tener mucha sensibilidad... Yo agarré un libro en casa, le puse los dedos encima pero no sentí nada...»

Por supuesto la persona ciega presente explicó largamente el sistema, lo mostró y aclaró los malos entendidos. Ante la explicación, la visita agregó:

«¡Qué bien!... ¿y tú podés manejar?»
(del libro Hablado de la FBU)

LAS REFLEXIONES DE BRAILIN

el peligro de saber mucho braille está en que a uno lo agarren de punto seis or not seis, that is the braille.

el punzón le dijo a la pauta: «pasemos a otro punto»

el nombre de los seis puntos es: norte, sur, este, oeste, jersey y punto arroz.

en el imperio romano la escritura en pauta era considerada subversiva porque se va de la derecha a la izquierda.

los profesores videntes que se oponían al braille argumentaban: cómo puede leerse un sistema que tiene seis puntos si cada mano sólo tiene cinco dedos.

el director de aquella revista braille escribía las necrológicas en punto cruz.

aunque no era inglés, Luis braille siempre llegaba en punto.

en greda, en lugar de «cieguitos», decían «tiflitos»

la ceguera da el privilegio de jugar con naipes marcados sin que a uno se lo lleven preso

era tan aficionado a la estenografía que usaba la misma abreviatura para palabras como HOMBRE y HAMBRE.

lo común entre la política y la enseñanza del braille está en que ambas son un arte para gobernar a los puntos.

el inconveniente de las faltas de ortografía en braille radica en que siempre quedan de relieve.

la verdad es que Braille inventó su sistema para tener un punto de vista.

aunque la acupuntura y el braille se basan en el mismo principio (pinchar), la primera calma dolores mientras que el segundo suele provocarlos.

el sistema braille tiene tres clases de puntos: los puntos altos, los puntos medios y los puntos de vista.

las reflexiones de brailín siempre están a punto.

DON TIFLOTE

De los consejos que dio Don Tifióte a Sancho Punzón antes de que fuese a dirigir la Imprenta de Tiflotaria

Cuenta esta grande y verdadera historia, que publicado que fue el número cien de Horizontes, y para festejar con discreción y liberalidad sus veinticinco años, designóse a Sancho Punzón, Director de la Imprenta Braille de Tiflotaria, imprenta hecha y derecha, redonda y bien proporcionada y sobremanera fértil y abundosa.

Enterado que fue Don Tifióte de tal designación, tomó por la mano a Sancho Punzón y entrados en su aposento, cerró tras de sí la puerta, e hizo que casi por fuerza Sancho se sentase junto a él, y con reposada voz le dijo:

-Infinitas gracias doy al número cien de Horizontes, colega Sancho, porque antes y primero que yo, te haya salido a ti a recibir y a encontrar la buenaventura. Tú, que para mí sin duda alguna, eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer rehabilitación alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante tiflogología, sin más ni más te ves director de una imprenta.

Todo esto digo ¡oh Sancho! para que no atribuyas a tus merecimientos la merced debida, sino para que des las gracias a los veinticinco años de Horizontes. Dispuesto, pues, el corazón a creer lo que te he dicho, estad muy atento a los consejos que voy a darte para tu cargo de director, que como todos los tifo- lógicos cargos, es un profundo mar de confusiones.

Primeramente ¡oh hijo! has de temer a la Tiflogología, porque nadie supo nunca lo que es y la mejor sabiduría está en temerle y no en averiguar de qué se trata.

Lo segundo, procura conocerte a ti mismo para ser Director DE y PARA que es el más difícil conocimiento que puedas imaginarte.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que no eres ni técnico ni experto, porque innumerables son aquellos que sin ningún título ni especialización alguna, han subido a la suma dignidad de la Tiflogología.

Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere a verte cuando estés en tu cargo de Director, un delegado de algún grande organismo internacional, no le deseches ni le afrentes; antes le has de agasajar y regalar la Imprenta Braille que ya verás que no quiere aceptar.

Si trajeras tu mujer contigo, enséñala, doctrínala, desbástala de su natural rudeza pero sin hablarle de Luis Braille, de Horizontes o de los esquemas paralelos y divergentes entre niños ciegos y videntes; te aseguro ¡oh Sancho! y de ello darte fe puedo, que te bastará con aquella tan famosa cartilla «Cuando se encuentre con alguna persona ciega».

No te guíes por las reflexiones de Brailín, procura salvar a la Tiflogología del humor de OTNI y de los editoriales de Horizontes y no cargues todo el rigor de la ley contra el lector.

-Colega -interrumpió en este punto Sancho Punzón-; bien veo que cuanto me ha dicho son cosas buenas, santas y tifológicas; pero ¿de qué han de servir, si de ninguna me acuerdo? Y así será menester que se me den por escrito; que puesto que no sé leer ni escribir yo se los daré a alguna Dama voluntaria de algún Banco de Tiempo para que me los encaje y recapacite cuando fuera menester.

-¡Ah tiflólogo de mí! -respondió don Tifióte- qué mal parece en los Directores de Imprenta el no saber leer ni escribir. Porque has de saber ¡oh Sancho! que no saber un hombre leer, arguye una de estas dos cosas: que se le enseñó a leer usando como texto a Horizontes o que tanto leyó a Horizontes durante veinticinco años, que al fin olvidóse de cómo se lee. Gran falta es la que llevas contigo, y así querría que aprendieras a firmar siquiera.

-Bien sé firmar mi nombre -respondió Sancho- que una vez pasé por un centro en tiempo de vacaciones y aprendí a hacer las letras como de fardo, que decían que decía mi nombre; cuanto más que fingiré que tengo tullida la mano derecha de tanto usar el bastón y haré que firme otro por mí que para todo hay remedio teniendo yo la Dirección y vendrán por lana y volverán tiflogologizados porque al ser director no habrá falta que se me parezca. Tanto diriges, tanto vales, decía una mi abuelita y del hombre rehabilitado no te verás vengado.

-¡Maldita sea! -dijo a esta sazón don Tifióte-; ha mucho tiempo te tengo dicho no ensartes refranes ni reflexiones de Brailín: te han de llevar un día a la horca; por ellos te han de quitar la Imprenta.

-¡Por Dios, colega! -replicó Sancho-, se queja de bien pocas cosas. Ninguna otra cosa tengo y sé

sino refranes y más refranes, y ahora se me ofrecen otros, que venían aquí pintiparados, pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho.

-Ese Sancho no eres tú, por cierto, -exclamó don Tifíote- y con todo, querría saber qué refranes se te ocurrían ahora.

-Qué mejores -dijo Sancho- que «entre dos matrices nunca metas las narices» y que «si da el bastón en la piedra o la piedra en el bastón, mal parado queda el ciego» refranes todos que vienen al pelo que nadie se tome con su Director, porque saldrá lastimado, como el que mete las narices entre dos matrices braille y quedar mal parado como el ciego del bastón y la piedra, porque es menester que el que ve la piedra en el bastón ajeno, vea la viga en el suyo y bien sabe, colega, que más sabe el ciego en su casa que el vidente en la ajena.

-¡Basta, Sancho! ¡Basta de refranes! -interrumpió don Tiflote- dejemos esto aquí que si mal dirigieras, tuya será la culpa y mía la vergüenza: que los lectores te guíen Sancho y te dirijan en tu dirección y que a mí me saquen el escrúpulo que me queda que has de dar con toda la Imprenta patas arriba.

Mafalda: -Los ciegos, ¿llevan una vida digna, papá?

El padre: -¡Claro!

Mafalda: -¿Y hacia dónde la llevan?

Se terminó de imprimir en el
mes de noviembre de 1999 en los
Talleres Gráficos de PuntoSur SA
Durazno 1772 - Tel. 400 12 05
Montevideo - Uruguay
D.L. 307.780/99

"j 'ai
r_ -i ; / »• t. - -
O .
y.
• . £: -c
ffí fetrfe
a fef c.r <¿ re
■Site?
^4'• 3 as
'i? Ó- -s
-* i= v fefe jSr •-'
■ - ' - - -r r
' . -.. -fe; 2 Wm
“SS-
a ái
- Vir
3 e. s.
"J c,i; f' .ajt
-V <
Í p c o. 'i£T r
. - - í- *■ <Í4L - •■ •A*'
:s»*\$S5 v'mm -smm\$\$. 'asis“ 3: *533 v'sáas Js9á**í
fefe v.-fe , »
73 • ~J' s f
-- - *; ^
5 5 S Srg!

¿i' CA? 5=1
£S“3?
r K
r, 5 43SSSÍ4 .
»:. fe.4888J8S fe 36:..fe
.3 ? 45|V4
h «849 5 5A
"■ ' '. 5 8
M-
1 - • -
fe ' .- . i 'i 3.2
PlSfefefe ; fe ;ih v'*
ts'
4
: » 5
efe ,4 <L ¿2 cr : efe efefer d ■££- cid'€- ae itfe G *
??-é^pr^r^r^r??5:-
r-j-í;- =£G 4 Ífííí-í *5 ü' *■-•t?r-i-C.c:-
J J Hipj rJfc- 5-> ^ * í?, 3 Í -'re -4t' í» - * • = ÍA-'JJ' -n ^r.
fe- 'u -7 '
:•■ •'.- fe::: : jp

. tu
?;
v - 8> cr> r- c:
s 85 35
83 s;
6 i 88
í S 8
•%?!
S- 3 S3

psfe#a| fftSasMI! f&
r?'

• 'i 4555554

∴, ",

* i *\$%|S

:a i sí

'3 3 3

; g_ «ja CJ

■ e *

V C-■ - í-ffffi <i C'''¿- ÍLÍ tx£* it fe <,'•- C - C c?. t;?* ' ¿ G.J- ta £ = » 4

- 5

í'S8S8r:'!

. StíiSb .;-3 í =3S8Sf5r ^3 5 -l 5522:

8-8 8-S S5 i 82 B% ,l3 S8 8» ® S8 83 S5 ^ ti U i

> 23 ,5 5

a ■ i !

88:72,

: K8t a

i 3,

- * ex

e-í "5Sé£-135

s

u ' -r¿' ' - J " rrr * ■?

'• '-i l f

55 85 7

■ : r\ » ■

'f í

fsjsr

c ,-= fe. <s tí 'iri -

!. * , - -J -i .

=> 56-aSSSS®

'-■ i

' 1 f

• z.e O .círreiS í-, /r..

55 J- - - 35 5

32 ;. « ;

eí-* « •' .«<

PW l@#?? pr ;si|5f j3 ts.

5'. >% ■;

Sá'SSfS'

S|%?

;2r,5 =

SS®3fc46 8 .'ir. TÍ h 43 1 453 58...,

8á'84SS- 453 » ■*; S83..S J5§a8S 23

i -3sss?|3i
| f^Slss^íSf! ^Sfe-e^sSI | l'1
e4 4r. L"L3sss=a y
4 8 ^
3 á S-
t£.G cr_c, Í. ea <4? Cí <í^
¿scusrfsssi*
Í- 3 - » 55 r
P 85 fe 23ta8i83 5 -:8©^|¥
3-5
■ ■j4? Z'J
-.- , S í 5'
8 S 8
' - .*, ea -
8fefefefejté8?
23
Sferl5 ? I -«fea
, f f%hé£i i f lfe#4j l p
4 2,,: 8: 8 4S8.853t5.4S'í 4 4*5,
88 43 ^3 5J 83 38 J3 ©854 íS' 83 Ü J8S8 8J83
fefefg3 -l t "Sfe?
' ■< •
'-- —. -■ 4 J 5
382:fcf8t?¿-.8
4 *b,
r. v iJ5
C & . G G-i -■
-, ¿i— 4 - Cr '»
•" 7. - -
'Í5' 3
-fe-6
3
6 -j as:
5 3 fi-

, S3S
5 85
fe fe?.'
» fZX ^ .* ^
a*
. - * »a»0 tfs
, - - ■ J •■ -5T* ^
_ fe á5
-5 3 : 55.
8 3 5 i!JS 5 S
C ■ c i <j t: «f -r s < Í3< c" r- ct eJ5 3, .e_d <• ^-a e_r> 5- -6
-fefeí :'?^n*wr;?,fefe5:-;?2
n, 4f 4 451^43 8 J548
-183 T 53 85 re 82 tí S3 P 83 38 fe 58 8-3 83
3 í % 5532 84-
'r • « - . ; -r.
??#Sí4^4|5555-:5
51234r -;c 2 4f?S5t-4^ 1 4S345St.
S3 38 8? re re y>tí tí r sm re m tí ea
fefefefe3 l refere
r.:_,s4S 2 ar

Caí- £5 <31? S ■
,3•.. re-: 5-re:
fe
4 Sí 555
3: í- ré:';>
fe
'^rre^'r ' r - • rere ;j:fe r re rere
3 v
S S3S8s|
;551
S re
ye*
l
.. re...3 f are
-' '-• ■Js. 5 3 rere, fe *re ¿2? ». c
re rere ^-- ' '
rere ¿ v>
re 53 5-- fe
-fe E
r fe ? ' fe Cíl C55 re
w.#re
4¿ >- '■<• •
r ^ r*
rt - •“- <:»jí
. -fe: fe zr:
.z
«C-
--•i-'--
'i- . S -
-' 3 S
' <*V?- G <3,
Sfe
tíW^mí
i re e re feré ? ¿ re
• - J -vr
: re -fefelfe
reres'.re|| pÜ^P-sll | pSfe#fej * p
re><afe re !C*I« 6A\$ s a 6 09 £ 5 : ©'..' fi& i efe fe fe <-v fe
« r
„• - „ pj: - ; A•-,
: 'r. J? 3 22 fe 33 fe 53 22. “ 3, " 1 fe 2853 fe re 35 83 fe
::' : -^ferrP :■ -feferi:
■ Á , 8 85 fe fe- .¿re 3 fe ere""
f fi s
• _^- ¿ ¿ fe fe * 55- €;
! S3P3Sre
reres 5 re ' -J| 3 2
' C*", GTJ re fe.
a- a-
+4 ->'5 +
! 8 - 2 22
,V:re" -t .i
3 % &
8 5' S
4-
«-re rer refere

' " ...fe J ^ >
: "53 fe *SS**£ 22 2 ? 385:2*3
áfeaá5i| ? |-88-PSPi|
<• * - • «-■:,<»)^r e_s » * Kt. CSfí EAé< S «t
wr “sír? i5- ?^ ?Pt
í £
S
re
. djresere.ía i ^«S^4í. f -4 su SÍ s*..
ferefe-í88 2JSS33Sáfe fe888í83 PfÉSS feS88Sfe5:fe
Sfe5^1 f ?
* ?fe¿ e_í' --v
fe» rer
5-1 '
8v"*3'Jí fe'
refere^
«5%|6f» 1 «wp t ^%?sr z*4hl
5r
re -5 v ' reí-
V- v :A £■' Cíl cr 1 C,f • r r <*• Cfe ¿ -A Í, ^ 12 - fe." < fe 2- fe-fe fe
“J.er -r- -Je-. T- J •fe - - -Áíf »- *- -re tft- *- r» -c re-1 *"» «fe. >» *J
¿fe re» ^
38S| i
r1 r- 5*
r.- ftv
fe fe-
< U C-3 fe <M «fefe S J.* ^ .
r-*rt '■fe-
. •2.2 2,7. .!! 5
|
■S38sré
feaí:-
1 fesífefe
.5. re-feW fefe -
' fe: fe.: fefe 404
fe,:- -Se 5-7- -'fe 'fe--.'re .
'p '
2.'
3f
l reía.
' -ü s:a
S5 fe r 8i. L .
v .- ■«- -, _=■ -- v » — h- ■ - '—■•. • ■- •■--- í- fefe 4 ? fe «
4|sr ¿s,a89a;re|&r ss sgprs-Eíss- 4 -P.S r?sp
• 4 fe v Cfe cc'
fe*, "" ;: • -,- J” •
* fe'- •*+ C- -
.5 4 82 48^4^5 44SJ4
(re,, ^ ^ ív^ ^ fe-' refe fe-a C! :-• f>“ í-

Indice

BRAILLHUMOR	s
JEROGLIFICOS EN RELIEVE	9
CUESTION DE VACAS Y TACTO	10
¿Y QUE ES ESO DE SER CIEGO?	11
EN UNA ESCUELA DE CIEGOS DE FINES	

DEL SIGLO PASADO	13
DESDE LA ESCUELA	21
COMO UN LOCO	22
CON LA LUZ APAGADA	23
POESIA Y QUIMICA	24
NO ES MENTIRA	25
REDONDO y CON PUNTA	26
SOBRE MONUMENTOS Y MÁQUINAS	27
MAQUINA SE VENDE	28
TRES DEL LIBRO HABLADO TRES	30
LLAMADA TELEFONICA	30
DE VISITA	30
LAS REFLEXIONES DE BRAILIN	31
DON TIFLOTE	33
MAFALDA	37

Se terminó de imprimir en el
mes de noviembre de 1999 en los
Talleres Gráficos de PuntoSur S.A.
Durazno 1772 - Tel. 400 12 OS
Montevideo - Uruguay
D.L. 307.780/99